

SELMA LAGERLÖF

Jerusalén
en
Dalecarlia

(PREMIO NOBEL DE LITERATURA)

VERSIÓN CASTELLANA

DE

PEDRO LLERENA

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO DE ANDRÉ BELLESSERT



MÉXICO
J. BALLESCÁ Y C.^o SRES.
1910

BARCELONA
E. DOMENECH, EDITOR
1910

35001

PT. 9766

.56

54

ES PROPIEDAD



BIBLIOTECA DE LITERATURA

115742



PRÓLOGO

UNA novela de fantasía extraña y de observación profunda, muy sueca y muy humana á la vez, sorprendente y sencilla, íntima y trágica, tejida de cortos relatos en que aparecen los mismos personajes, y cada uno de los cuales representa una faz distinta, dolorosa, pintoresca ó amable de un mismo problema y de una aventura única; una novela tan atractiva como poco anecdótica; rústico arroyuelo cuya limpidez refleja frescos ó rugosos, sonrientes ó graves, horrorizados ó encantados, todos los rostros de un antiguo pueblecillo, toda la naturaleza de una vieja comarca, todo su cielo; tal es la obra de Selma

Lagerlöf que presentamos á nuestros lectores, persuadidos de que pocos existen entre las de la literatura europea contemporánea que puedan dejar un recuerdo de poesía tan penetrante y de realidad tan viva.

Es la historia, en un pueblecillo dalecarliano, de una antigua familia cuya fidelidad al espíritu de los antepasados, que la habían hecho poderosa y venerable, es puesta á ruda prueba por una fiebre de evangelismo, por uno de esos casi patológicos «despertares» religiosos que se dan con frecuencia en los países del Norte. Lo que fueron esos campesinos probos, rudos, ingenuos y taciturnos, sus costumbres, su orgullo, sus sordas violencias, el tipo de su imaginación, su sentimiento religioso, su vida interior; todo esto nos lo muestra de una manera á la vez singular y dramática el episodio que sirve de introducción. Pero apenas se sale de él, como de una áspera garganta de montes, las escenas se desarrollan con la variedad de un paisaje rico en mieses, en valles, en bosques, en colinas.

Una noche de invierno cabe el hogar de un maestro de escuela; una confe-

sión de amor, en un pequeño jardín de centeno; los pretendientes sentados á la mesa de una viudá; la muerte de un campesino á quien ilumina un recuerdo de juventud; cuadros de interior, cuyos detalles y minuciosa perfección nos recuerdan la manera de Teniers. Luego, la asamblea de fieles, en que estallan de pronto las divisiones, siempre en germen en la iglesia protestante,—el espanto supersticioso de unos campesinos sorprendidos en plena selva por una especie de ciclón,—el paso de un apóstol, obrero práctico y místico, que detiene á las gentes á lo largo de los caminos, y cuyas preguntas bruscas y familiares logran á maravilla estimular las conciencias; la explosión de los celos en el alma de un adolescente,—la generosidad de éste socorriendo, con el alma iluminada como por un relámpago de deber, á su mismo enemigo,—el triunfo, en fin, de la corriente y tradición ancestral sobre las novedades advenedizas, simbolizado en la necesidad en que el evangelista se encuentra, en último resultado, de abandonar el suelo de Dalecarlia.

Y, en esta variedad de escenas, imposibles de recordar en unas cuantas

líneas ¡qué riqueza, qué agilidad de invención! Ni rebusca, ni esfuerzo. Los detalles nacen abundantes, precisos, siempre naturales; parece que al autor le ha bastado alargar la mano para cogerlos. Bajo esta composición, de apariencia juguetona y abandonada, la vida doméstica y moral de todo un pueblo se organiza y desenvuelve. Cada incidente recuerda una de esas rendijas estrechas á través de las cuales se descubre un paisaje muy amplio. Las almas se bañan en los perfumes de la selva y de los cultivos, en el vapor de las nieves, en la humedad de las primaveras. Los personajes, aun los de último plano, se imponen á nuestra memoria, señalados con el gesto, con la actitud, con el acento que revelan todo un carácter. Los acontecimientos surgen de la conciencia y de sus pasiones se desprende lo sobrenatural. No dejan de ser campesinos, reflexivos y tercos, ni siquiera en sus más bellos sacrificios. El espíritu religioso dá á veces á su torpeza no sé que gracia semi-herática. Las mismas ideas que, en más vastos escenarios, nos conducen y nos agitan: el amor á Dios, el honor, la gloria, la

oposición del mundo, les conducen y les hacen moverse en un pequeño rincón, en el reducido espacio que estrechan sus selvas y montañas.

Admirable realismo, pero impregnado á la vez de simpatía. La simpatía por los hombres y por las cosas—que encontramos tan á menudo en las literaturas del Norte y que ha faltado excesivamente en el romanticismo francés,—transfigura, sin alterarla, la realidad en poesía. La poesía está en todo aquello en que se coloca el corazón, en todo aquello en que las intuiciones del amor afinan y profundizan los descubrimientos de la inteligencia. Selma Lagerlöf experimenta un amor profundo por la naturaleza de su Dalecarlia; ama á sus campesinos también. Pero no ignora, por otra parte, que la personalidad de un autor se siente tanto más en una obra, cuanto menos aparece su personalidad; así sabe ocultarse, con celo exquisito, detrás de sus personajes. No encontréis aquí ni una descripción que deje transparentar la complacencia del artista en su propio talento. Los paisajes no son pintados sino en el momento en que se transforman en los personajes

en sentimientos ó ideas. Nada ignoramos así de las tendencias y de los conflictos hereditarios que trabajan sus almas, no porque se nos advierta de ello, sino porque hemos vivido lo bastante en su pasado para reconocerles en el presente. Toda la novela estriba entre el choque de la tradición con el ideal; de la tradición que algunos llaman rutina, del ideal que algunos llaman quimera; pero ninguno de estos vocablos es pronunciado una sola vez en el trascurso de aquella. Nacida novelista, Selma Lagerlöf cuenta y no quiere sino contar. Ni juzga á sus héroes ni discute las ideas. Esto es cosa nuestra, de los lectores. Ella se contenta con disponerlo todo para recreo de la mirada, para la instrucción del espíritu. Su mano, ligera y segura, escoge, prepara, ordena, abre silenciosamente ventanas sobre grandes horizontes. No vemos ni su figura, ni sus sonrisas, ni sus lágrimas, Porque acontece amenudo en las mejores novelas como en estos palacios de cuento, cuyos huéspedes no advierten que les guien sino manos en el aire, sosteniendo antorchas.

ANDRÉ BELLESSERT

INTRODUCCIÓN
LOS INGMARSSON